

El debate Goldhagen: los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana

JAVIER MORENO LUZÓN

EL 27 de marzo de 1996, *The New York Times* anunciaba la publicación de un libro destinado a marcar un hito en la historia del Holocausto. Cinco días más tarde, el diario insistía: Daniel Jonah Goldhagen, profesor ayudante en la Universidad de Harvard, desafiaba con su tesis doctoral las visiones habituales del genocidio nazi. «Expongo las explicaciones convencionales», declaraba el autor, «y digo que todas ellas se equivocan». Frente a lo que suele pensarse, afirmaba Goldhagen, quienes asesinaron a millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial no eran ante todo fanáticos nacional-socialistas ni se limitaron a obedecer órdenes; muy al contrario, miles de alemanes corrientes participaron voluntariamente y con gran entusiasmo en las matanzas. La cultura alemana estaba saturada de antisemitismo exterminador y, para los ejecutores, sus horribles crímenes tenían plena justificación¹. Se trataba tan sólo del comienzo de un debate excepcional, por su extensión y por sus resonancias académicas, mediáticas y políticas, en Estados Unidos y en Europa, acerca de *Los verdugos voluntarios del Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, mucho más que un éxito editorial².

En efecto, *Los verdugos voluntarios de Hitler* mereció una atención nada corriente para un trabajo universitario de sus características. Las discusiones acerca de sus tesis implicaron a muchos de los principales especialistas en la historia alemana de los años treinta y cuarenta; ocuparon un espacio destacado en periódicos, revistas y programas de televisión; llenaron cientos de páginas en Internet; y, en definitiva, sobrepasaron los círculos académicos para atraer a un público numeroso. Es más, lo que había empezado como el lanzamiento publicitario de un *best-seller* en la prensa

¹ *The New York Times*, 27 de marzo y 1 de abril de 1996.

² D. J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1996; publicado en castellano como *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1997 —en adelante, Goldhagen (1997a).

norteamericana se convirtió en un debate nacional sobre el pasado nazi en Alemania. Quien fuera denunciado al principio como el autor de un panfleto antialemán recibió más tarde un prestigioso premio como defensor de la democracia en la República Federal. Este texto sobrepasó pues la controversia entre historiadores y se situó en el terreno de la memoria colectiva y de su relevancia política.

UNA TESIS AUDAZ

Daniel Jonah Goldhagen no defrauda a quien busque en su trabajo la provocación. Desde las primeras líneas, deja muy claro que sus hallazgos remedian los errores que han cometido hasta ahora los estudios acerca del Holocausto, que, en su opinión, ignoran a los perpetradores del genocidio, sus acciones y motivos, y están marcados por «una mala comprensión y una teorización insuficiente del antisemitismo». «Explicar por qué ocurrió el Holocausto requiere una revisión completa de lo escrito al respecto hasta la fecha. Una revisión que se concreta en esta obra»³. Cuando avanza en la lectura de las setecientas cincuenta y dos páginas de que consta el libro, el lector, si tiene la paciencia de escudriñar las apretadas notas que lo cimentan, descubre que Goldhagen no se refiere con estas rotundas afirmaciones a publicistas más o menos informados, sino a autores como Hans Mommsen o Raul Hilberg, es decir, a los historiadores más importantes de cuantos se han ocupado del tema. Desde luego, a este profesor no le falta audacia.

Semejante desafío se sustenta en un enfoque que concede toda la atención a los individuos que participaron en las ejecuciones, les atribuye capacidad plena para decidir acerca de sus actos y se centra sobre su ideología para explicarlos. Con todo ello rechaza la perspectiva estructural que se ha aplicado a menudo al análisis del Holocausto y ha diluido las acciones individuales en la dinámica de las instituciones. Puesto que Goldhagen ve a los verdugos ante todo como *alemanes corrientes*, busca la clave de su comportamiento en la cultura de la que procedían y, en concreto, en las formas de antisemitismo peculiares de Alemania, que moldearon el trato inhumano dado a las víctimas. Para facilitar la comprensión de los hechos, cuya crueldad se hace difícil de asimilar, propone un método antropológico, que desecha desde el principio la idea de que la sociedad alemana compartiera los valores civilizados y occidentales, y tiende a verla en cambio como un ámbito

³ Goldhagen (1997a), págs. 26 y 28.

cultural totalmente distinto del *nuestro*. Así puede configurarse esta explicación, que pretende ser nueva y revolucionaria, del genocidio.

Los verdugos voluntarios de Hitler, como ha escrito Philippe Burrin, posee una estructura de cebolla⁴: en el centro, un trabajo de investigación sobre fuentes primarias, limitado a algunos casos significativos; alrededor, generalizaciones cada vez más amplias, basadas en su mayoría en la literatura secundaria disponible, acerca de la sociedad alemana contemporánea y la trayectoria de la dictadura nazi.

Así pues, hay que prestar atención en primer lugar al núcleo documental del libro, compuesto por los capítulos dedicados a tres instituciones mortíferas que tomaron parte directa en la matanza de cientos de miles de hombres, mujeres y niños entre 1941 y 1945: los batallones de la policía de orden, los campos de trabajo y las marchas de la muerte. A través de testimonios reunidos mucho después de la guerra por los tribunales de la República Federal de Alemania, Goldhagen nos lleva de la mano por escenas de horror insoportable sin ahorrarnos detalle: ante nuestros ojos se suceden torturas y asesinatos llevados a cabo con crueldad y sadismo sin tasa por alemanes que se regodean en el sufrimiento de judíos indefensos. De esta manera, el autor nos aleja de la imagen terrorífica pero impersonal de las cámaras de gas, donde sólo murió una parte de los asesinados, y nos muestra, cara a cara el verdugo y la víctima, la otra realidad del Holocausto.

Los batallones policiales de orden, formados a menudo por reservistas, se convirtieron en una de las piezas clave del genocidio en los territorios polacos y soviéticos ocupados por Alemania. Sus integrantes, hombres de mediana edad y bastante representativos del conjunto de la sociedad alemana, carentes de toda preparación para afrontar misiones asesinas y apenas nazificados, «se conv[irtieron] fácilmente en verdugos genocidas»⁵. Sus tareas abarcaban la *limpieza* de los guetos, el transporte de judíos a los campos de exterminio, el fusilamiento en masa de poblaciones civiles y la persecución de los huidos. *Los alemanes* no dudaron en disparar a bebés, enfermos y ancianos, se mofaron de ellos, tomaron fotografías, contaron a sus familiares lo que hacían, y algunos incluso invitaron a sus mujeres a presenciar hazañas de las que se sentían orgullosos. A pesar de no carecer de tiempo para reflexionar, hicieron todo ello de manera voluntaria. Como documenta Goldhagen en el caso del batallón 101 —el que estudia con mayor detenimiento—, a los policías se les dio la oportunidad de no par-

⁴ Burrin (1997), pág. 83.

⁵ Goldhagen (1997a), pág. 242.

ticipar en las masacres y los pocos que se acogieron a ella no sufrieron represalias. Dejando volar su imaginación, el autor nos ilustra sobre el dilema que se les planteaba, por ejemplo, a los verdugos que, un día en el distrito de Lublin, acompañaban a sus víctimas por el bosque hasta el lugar destinado para su ejecución: «Naturalmente, algunos de ellos caminaban al lado de niños, y era muy probable que, en Alemania, aquellos hombres hubieran paseado por el bosque con sus propios hijos al lado, alegres y curiosos». El policía alemán, «¿veía a una chiquilla y se preguntaba por qué iba a matar a ese pequeño y delicado ser humano hacia el que, de haberlo visto como tal chiquilla, normalmente habría experimentado sentimientos de compasión, protección y apoyo? ¿O veía a una judía, joven pero en cualquier caso judía?»⁶ El antisemitismo explica, pues, su comportamiento criminal.

Los otros dos casos resultan igualmente impresionantes. En los campos de *trabajo*, los judíos no eran utilizados como esclavos al servicio de un plan económico dentro del esfuerzo de guerra alemán; sino que eran atormentados hasta que morían en nombre de la lógica antisemita que concebía el *trabajo* sin sentido aparente como un castigo apropiado para la raza judía, compuesta por parásitos y explotadores que merecían el sufrimiento. Los alemanes trataban a los judíos mucho peor que a los demás prisioneros de los campos. El «antisemitismo eliminador genocida», evidente en las burlas crueles de los guardianes, se imponía sobre toda racionalidad⁷. Y, por último, las marchas de la muerte, organizadas tras la evacuación de los campos y ante el avance del ejército soviético en los últimos meses de la guerra. En ellas murieron por agotamiento miles de seres humanos, una buena parte de ellos judíos. Goldhagen concentra su atención sobre las marchas que torturaron, vejaron y aniquilaron a mujeres judías en territorio alemán hasta el mismo día de la rendición. En medio del caos, cuando había múltiples ocasiones para abandonarla, los guardianes —ciudadanos corrientes una vez más— prosiguieron su siniestra labor. Y lo hicieron incluso cuando Himmler, en un intento desesperado de negociar con los aliados occidentales, les ordenó parar. «Al final la fidelidad de los alemanes a su empresa genocida era tan grande que parece imposible comprenderla»⁸.

Goldhagen se pregunta con asombro: ¿cómo es posible que, contrariando las reacciones de cualquier persona normal, los alemanes corrientes cometieran tales crímenes sin apenas vacilar? La explicación reside, tal y como ha podido deducirse de su ma-

⁶ Goldhagen (1997a), págs. 280-281.

⁷ Goldhagen (1997a), pág. 405.

⁸ Goldhagen (1997a), pág. 456.

nera de narrar los acontecimientos, en la imagen que los verdugos tenían de sus víctimas, nacida de lo que el autor define como un *modelo cognitivo* peculiar: el del antisemitismo alemán, un tipo de *antisemitismo eliminador* desarrollado en Alemania a lo largo de los dos últimos siglos. Gracias a su propagación, el exterminio de la población judía se había convertido a la altura de los años treinta, según Goldhagen, en un auténtico «proyecto nacional» alemán⁹, por lo que el régimen nazi, y Hitler en particular, se limitaron a crear las condiciones favorables para que los alemanes hicieran lo que deseaban hacer. La cultura antisemita sería el origen principal, la causa *motivadora*, del Holocausto.

Para demostrarlo, Goldhagen da un largo paseo por la historia de Alemania. Siguiendo su itinerario, el antisemitismo fue, desde tiempos remotos, una característica de la civilización cristiana, independiente de la posición de las comunidades judías, que se manifestó en mayor o menor medida pero nunca desapareció. En Alemania, las ideas antisemitas abundaron desde la Edad Media y en el siglo XIX sufrieron un cambio importante, al pasar de una concepción religiosa a una noción racial. Fuera cual fuera la terapia que recomendaran para lidiar con el *problema judío*, tanto conservadores como liberales compartían con la mayor parte de sus compatriotas la visión de los judíos como un grupo distinto del resto, enormemente dañino para la cohesión nacional y peligroso para la supervivencia de Alemania. De acuerdo con los parámetros racistas, el judío no se desprendería nunca de su naturaleza venenosa, por lo que el único remedio posible era su eliminación. El *antisemitismo eliminador* se convirtió así en parte integral de la cultura alemana.

La derrota en la Primera Guerra Mundial no mejoró la situación. Según Goldhagen, «el antisemitismo era endémico en la Alemania de Weimar, y estaba tan extendido que casi todos los grupos políticos del país rehuían a los judíos». Estos «sentimientos» de la cultura alemana se plasmaron en el programa abiertamente antisemita del Partido Nazi, «el mayor y más poderoso» de la República en 1932, que al llegar al poder no tuvo que persuadir a los alemanes, ya convencidos de antemano, de la necesidad de aplicar una política eliminadora. Así, la discriminación legal de la población judía y los continuos ataques que recibió en la década de los treinta contaron con la aprobación, cuando no con la colaboración activa, de «la inmensa mayoría del pueblo alemán»¹⁰. No hubo apenas protestas, si acaso desapego hacia los métodos violentos

⁹ Goldhagen (1997a), por ejemplo, en págs. 256 y 498.

¹⁰ Goldhagen (1997a), págs. 119, 121, 123 y 127.

que se utilizaban. Hasta las iglesias manifestaron su acuerdo con la *muerte social* de los judíos. Hitler, que no vaciló en sus intenciones, estaba pues en plena sintonía con los deseos de los alemanes corrientes. No debe extrañarnos por tanto que éstos participaran con gran interés en la misión que les señaló su *Führer*: el fin de la judería europea.

En resumen, el Holocausto no fue el producto de una sucesión de circunstancias fortuitas, sino el resultado de un plan que Hitler y sus seguidores aplicaron, cuando resultó viable, con la ayuda de cientos de miles de compatriotas —Goldhagen da cifras que van de 100.000 a 500.000— representativos de la sociedad de la que procedían. Sólo el modelo cognitivo antisemita que compartían los alemanes, remacha una y otra vez el autor, explica de verdad los rasgos centrales de ese genocidio único en la historia humana que fue el Holocausto.

LAS RESPUESTAS ACADÉMICAS

La recepción del libro de Daniel Jonah Goldhagen por parte de los historiadores profesionales, más lenta en general que la periodística, fue también —salvo algunas excepciones— mucho más negativa¹¹. Las críticas abarcaron múltiples aspectos, que afectaban tanto a la calidad de la investigación como a la validez general de sus tesis. Aunque los argumentos que utilizaron los especialistas en contra de Goldhagen coincidían en lo esencial a uno y otro lado del Atlántico, fueron expuestos con mucha mayor ferocidad en Alemania, donde el debate se desarrolló desde el comienzo en tonos muy ásperos.

El estilo que emplea el autor mereció, sin duda con razón, muchos comentarios críticos¹². Goldhagen martillea sin piedad al lector con la reiteración de sus tesis, que en la última parte del texto se hace francamente agotadora. Esta técnica no sólo abusa de la paciencia ajena, sino que parece asimismo destinada a sumergir en un mar de repeticiones la información que contradice sus líneas argumentales. No es el único defecto que puede advertirse desde el punto de vista estilístico: las descripciones se mezclan con admoniciones morales y, como en el ejemplo señalado más arriba, la imaginación sustituye de vez en cuando al discurso aca-

¹¹ Entre las escasas reseñas favorables, véase, por ejemplo, la de Craig (1996), que, no obstante, introdujo también notables objeciones, G. Craig, «¿Un pueblo de antisemitas?», en *VVAA* (1997b), págs. 26-30.

¹² Ruth Bettina Birn, «Revising the Holocaust», en Finkelstein y Birn (1998), págs. 101-148; y Juliá (1997).

démico; además, el lenguaje resulta abstruso al explicar el método elegido y, en general, la verbosidad inunda páginas y páginas que piden una síntesis con urgencia.

Las bases empíricas del núcleo documental, el que abarca los capítulos centrales de la obra, constituye, sin duda, la mejor parte del trabajo. En él, la riqueza de las fuentes consultadas permite densas descripciones de los hechos, salpicadas con multitud de detalles que redondean una imagen vívida del genocidio judío durante la Segunda Guerra Mundial. Destaca en este sentido el apartado sobre las marchas de la muerte, que, como ha escrito Édouard Husson, «han entrado definitivamente en la memoria colectiva» gracias a esta investigación¹³. Sin embargo, esa misma minuciosidad en el retrato del horror fue tachada de caer en un *voyeurismo* destinado a engordar las ventas. Goldhagen cree que resulta necesario mostrar sin tapujos la fenomenología del Holocausto, enmascarada con frecuencia tras disquisiciones abstractas o referencias asépticas, pero no faltó quien le recordara que la misión del historiador consiste en explicar lo ocurrido y no incluye recrearse en sus rasgos más morbosos¹⁴.

El uso de las fuentes primarias que realiza Goldhagen tuvo su principal respuesta en los ataques de Ruth Bettina Birn, una historiadora con la que había compartido horas de trabajo en los mismos archivos alemanes. Birn acusó a Goldhagen de apoyarse en una documentación problemática, la emanada de las investigaciones judiciales de postguerra, de no agotar su caudal y de seleccionar en ella sólo algunos fragmentos de manera interesada. Según Birn, el autor desprecia toda evidencia que contradiga sus tesis y, por ejemplo, acepta los testimonios de los policías de orden sólo cuando encajan con sus argumentos, olvidando aquellos que los distorsionan. De igual forma, decide no estudiar batallones genocidas formados por no alemanes y marchas de la muerte o campos con prisioneros no judíos. Uno de los ejes de su explicación, el hecho de que los verdugos fueran *alemanes corrientes*, se desmorona cuando comprobamos que muchos de los ejecutores que aparecen en sus historias eran miembros del Partido Nazi y, en un porcentaje nada despreciable, de las SS¹⁵. Goldhagen, por su parte, acusó a Birn de actuar con mala fe, distorsionando los contenidos de su libro y minusvalorando la enorme cantidad de pruebas que presenta en él. Lo cierto es que, al menos en aquello que puede juzgar un no especialista, Goldhagen sí tiene

¹³ Husson (1997), págs. 37-38. También Craig (1996).

¹⁴ Como muestra, Hans Mommsen, «Conditions for Carrying Out the Holocaust: Comments on Daniel Goldhagen's Book», en Littell (1997), págs. 31-43.

¹⁵ Birn, en Finkelstein y Birn (1998).

en cuenta la existencia de indicios contradictorios, aunque los rechaza por distintos motivos. Las diferencias interpretativas se mezclan esta vez con la desautorización del contrario¹⁶.

Aparte del tratamiento de los tres casos relevantes, los críticos cuestionaron también la pertinencia de esa selección. Omer Bartov, autor de una de las mejores reseñas de *Los verdugos voluntarios de Hitler*, cree que a través de las escenas descritas por Goldhagen no es posible responder a la cuestión que hace del Holocausto —como el propio Goldhagen defiende— un acontecimiento único, sin precedentes en la historia humana: cómo resultó posible la masacre industrial de millones de seres humanos en las fábricas de la muerte, bajo las órdenes de un Estado moderno y con el respaldo de una sociedad civilizada. Burrin insiste en ello al denunciar que el enfoque escogido por Goldhagen mantiene en la sombra la maquinaria burocrática que conducía a las cámaras de gas. En lugar de un intrincado aparato administrativo, escribe Raul Hilberg, aparecen rifles, látigos y puños¹⁷. Para contemplar imágenes como las que presenta el profesor de Harvard basta mirar hacia Ruanda, Bosnia o Kosovo, pero no es posible encontrar otro Auschwitz en estos lugares.

Más que los estudios de caso, lo que encendió todas las alarmas del gremio historiográfico fue la otra parte del libro, construida sobre fuentes secundarias. Su recorrido por el desarrollo del antisemitismo en Alemania durante los siglos XIX y XX recibió un suspenso unánime por parte de los académicos. Porque, como afirma Christopher R. Browning, Goldhagen ve la historia alemana «por el ojo de una cerradura», es decir, sigue sólo las manifestaciones que sirven a su tesis finalista y prescinde por completo del contexto histórico que les daba sentido¹⁸.

A juicio de algunos críticos, en *Los verdugos voluntarios* no se distingue con claridad entre los diferentes tipos de antisemitismo que había en Alemania, ya que el autor prefiere reducirlos todos al antisemitismo eliminador, una ideología racista que, tanto a finales del siglo XIX como a principios del XX, era minoritaria y en absoluto abarcaba a toda la sociedad alemana. El antisemitismo cotidiano que compartían muchos ciudadanos no equivalía al antisemitismo feroz de los asesinos¹⁹. Además, cabe preguntarse: si

¹⁶ Goldhagen (1997b). Goldhagen llegó a contratar a un abogado para reclamar una compensación por libelo y difamación, según Shapiro (1998).

¹⁷ Bartov (1996), Burrin (1997) y Hilberg (1997).

¹⁸ Christopher R. Browning, «Ordinary Men or Ordinary Germans», en Shandley (1998), pág. 62.

¹⁹ Norman G. Finkelstein, «Daniel Jonah Goldhagen's "crazy" thesis. A critique of *Hitler's Willing Executioners*», en Finkelstein y Birn (1998), págs. 1-100; y Burrin (1997).

las ideas antisemitas radicales estaban tan extendidas, ¿cómo pudo darse un proceso de emancipación de los judíos tan notable en la época imperial, no digamos en la de Weimar?, o ¿cómo se explica entonces la emigración a Alemania de judíos del Este de Europa que huían de la persecución en sus propios países?²⁰. Goldhagen no diferencia tampoco entre clases o grupos sociales: si bien las élites alemanas —los clérigos protestantes, los militares, los universitarios— militaban en los principios del antisemitismo racial, no hay razón para pensar que, por ejemplo, los obreros industriales también lo hicieran²¹. Por último, el profesor norteamericano ignora el declive de los partidos antisemitas desde comienzos de esta centuria y el hecho de que la principal fuerza política del Estado, el Partido Socialdemócrata, se distinguiera por su *anti-antisemitismo*. Como escribe Yehuda Bauer, «en el libro de Goldhagen no hay socialdemócratas»²². Desde la década de los años diez, la mayoría parlamentaria estaba formada por grupos contrarios al famoso *antisemitismo eliminador*. En vez de una sociedad políticamente dividida, Goldhagen nos muestra un pueblo unido por su odio a los judíos.

En cuanto a los nacional-socialistas, Goldhagen olvida que el antisemitismo pasó a un segundo plano en sus últimas campañas electorales y, como ha defendido Ian Kershaw, no formaba parte del atractivo de Hitler sobre las masas. En cambio, tenían más éxito los mensajes antimarxistas y nacionalistas. Si el antisemitismo triunfaba antes de la llegada de los nazis al poder, no se entiende por qué una vez en él realizaron tantos esfuerzos para fomentarlo. Algunos estudiosos han señalado que, bajo el Tercer Reich, *pogroms* como la llamada *Kristallnacht* fueron impopulares, y el miedo y la represión pueden explicar parte del silencio ante las persecuciones. Goldhagen niega que la dictadura hitleriana empleara masivamente la coerción o la violencia para acallar el desacuerdo, y pone como ejemplo el freno que aplicó al programa de eutanasia cuando crecieron las protestas. Desde luego, como también ocurre con el régimen fascista italiano, los historiadores tienden hoy a aceptar el amplio consenso que respaldaba al sistema nazi. Pero ello no implica ignorar los efectos del control totalitario y de la propaganda constante sobre la opinión. Así, cabe asumir que la segregación y el antisemitismo despersonalizador

²⁰ Mommsen, en Littell (1997); Craig, en VVAA (1997b); Wehler (1997); y Yehuda Bauer, «Daniel J. Goldhagen's View of the Holocaust», en Littell (1997), págs. 61-72.

²¹ Ulrich Herbert, «The Right Question», en Shandley (1998), págs. 109-116. Mommsen, en Littell (1997).

²² Hilberg (1997); y Bauer, en Littell (1997), pág. 65.

definieron la actitud hacia los judíos más extendida en Alemania, de indiferencia más que de odio racista. El secreto que presidió la política genocida refuerza también la idea de que los *alemanes corrientes* no compartían la obsesión asesina de su *Führer*. Durante la guerra los rumores circulaban por doquier, pero lo que cundía no era el entusiasmo sino el temor a las represalias. El apoyo popular a Hitler estaba basado en otros rasgos de su liderazgo carismático, aunque ese mismo apoyo facilitara la puesta en práctica de la siniestra *Solución Final*²³.

Como puede verse, la descripción de la historia del antisemitismo alemán que elabora Goldhagen resulta muy discutible. Pero mucho más lo son las tesis explicativas que la encauzan. De nada sirvió que el autor repitiera una y otra vez que «una explicación adecuada del Holocausto no puede basarse en una sola causa»²⁴. Sus críticos cargaron sin miramientos contra lo que tenían por una interpretación monocausal, fuera del genocidio judío en su conjunto, fuera —más apropiadamente— de los motivos que guiaron a los perpetradores. Para los más ácidos, Goldhagen daba respuestas demasiado simples a cuestiones demasiado complejas, lo cual contribuyó también a aumentar la tirada de su obra²⁵.

En relación con los factores que hicieron posible el Holocausto, el debate Goldhagen hizo resurgir la polémica entre *intencionalistas* y *estructuralistas* —o *funcionalistas*—, las dos grandes escuelas interpretativas del fenómeno. Si la primera había insistido desde los años cuarenta sobre los planes genocidas de Hitler y el papel decisivo de los nazis en su aplicación; la segunda había subrayado más recientemente la complejidad del proceso que desembocó en la llamada *Solución Final*, resultado de la competencia institucional dentro de un Estado poliárquico que se hallaba inmerso en una rápida radicalización a consecuencia de la guerra total. Goldhagen desprecia los hallazgos de la escuela funcionalista, es decir, los factores de situación, y se centra en cambio sobre los factores ideológicos. No es extraño pues que Hans Mommsen, el más destacado de los estructuralistas alemanes, se convirtiera en el principal antagonista de Goldhagen, al que sitúa en el ala extrema del intencionalismo²⁶. Sin embargo, el norteamericano supera la visión intencionalista cuando afirma que los ideales hitlerianos eran compartidos por la mayor parte del pue-

²³ Kershaw (1987); Finkelstein, en Finkelstein y Birn (1998); y Husson (1997).

²⁴ Goldhagen (1997a), pág. 14.

²⁵ Mommsen, en Littell (1997); y Birn, en Finkelstein y Birn (1998).

²⁶ Mommsen, en Littell (1997); y Erich Geldbach, «Goldhagen-Another Kind of Revisionism», en Littell (1997), págs. 91-101.

blo alemán, por lo que su adscripción en esta escuela no parece satisfactoria. Además, el análisis del horror no tiene por qué ser incompatible con el de las instituciones que lo propiciaron²⁷.

El objetivo de Goldhagen no consiste exactamente en ofrecer una interpretación global del Holocausto, sino en dar cuenta de lo que él considera su núcleo principal, es decir, los motivos de los ejecutores para actuar tal y como lo hicieron. En este ámbito, las acusaciones de explicación monocausal tienen un sentido mucho más claro. Las críticas suelen comparar el libro de Goldhagen con otro texto que aborda los mismos problemas y se basa en las mismas fuentes: *Ordinary Men*, de Christopher R. Browning, aparecido unos años antes²⁸. En él, Browning estudia el batallón 101 de la policía de orden, uno de los casos elegidos también por Goldhagen, utiliza asimismo los testimonios judiciales de los años sesenta y, sin embargo, llega a conclusiones completamente distintas acerca de las motivaciones que impulsaban a los verdugos a matar a sus víctimas. Mientras Goldhagen no ve más que una causa importante, el antisemitismo de los alemanes, Browning compone una imagen mucho más compleja, en la que las ideas antisemitas no eran más que un factor entre otros muchos, como —sobre todo— la presión psicológica del grupo, y los ejecutores se sometían a un arduo proceso de aprendizaje y brutalización para superar su rechazo inicial a los asesinatos. Goldhagen señala con acritud la tendencia de Browning a aceptar fácilmente los pretextos que alegaban en su defensa los perpetradores. Browning, más ecuánime, aduce que, como confirmaron incluso los supervivientes judíos, entre los policías había sentimientos enfrentados y no la práctica unanimidad que, al margen del asco inicial por la carnicería, observa Goldhagen. Como dice Browning, en el maniqueo trabajo de su oponente falta esa «zona gris» entre torturadores criminales y torturados inocentes de la que habló Primo Levi, un mundo de motivos mezclados y emociones en conflicto²⁹.

Las críticas subieron un escalón tras otro hasta llegar a la cumbre, la opinión que descalificaba a Goldhagen por resucitar la tesis de la *culpabilidad colectiva* de los alemanes en el Holocausto. Tampoco valió esta vez que el autor dijera que su objetivo consistía tan sólo en «explicar un hecho histórico y no en hacer una evaluación moral» y que «no hay que juzgar culpables a los gru-

²⁷ Götz Aly, «The Universe of Death and Torment», en Shandley (1998), págs. 167-174.

²⁸ Browning (1992).

²⁹ Goldhagen (1997a), pág. 655, nota 1; Browning, en Shandley (1998); y Levi (1989), capítulo II.

pos sino sólo a los individuos, y a éstos únicamente por sus acciones individuales»³⁰. Es cierto que Goldhagen insiste en la capacidad de los ejecutores para tomar con libertad sus propias decisiones, pero también resulta evidente que aplica al mismo tiempo una especie de determinismo sociocultural difícil de esquivar para los actores: el *modelo cognitivo* antisemita pesa como una losa sobre el comportamiento de los alemanes y abole su autonomía moral³¹. Esta contradicción no está bien resuelta, y quizás sería más provechoso, como propone Husson, diferenciar entre la responsabilidad colectiva de quienes apoyaron a Hitler y la culpa individual de quienes cometieron los crímenes³².

De nuevo aparece, inevitable, la comparación entre las obras de Browning y Goldhagen. Mientras que los *Ordinary Men* del primero nos tocan de cerca al plantearnos problemas universales, los *Ordinary Germans* del segundo resultan ajenos por completo a nuestro universo moral. Como escribe el propio Browning, ni una sola vez al leer los cientos de páginas que tiene el libro de Goldhagen uno se pregunta qué habría hecho en lugar de los verdugos. Si la *versión Browning* retrata a seres humanos que se embrutecen poco a poco, que dudan, se sienten mal, se emborrachan para poder matar, se desmoralizan y dejan lo peor del infame trabajo a los auxiliares de otras nacionalidades, la *versión Goldhagen* pinta a tipos de una pieza, crueles desde el principio, francamente inhumanos y por tanto irreales. Goldhagen, al desplazar la carga a esos alemanes antisemitas de hace medio siglo que, dice, no eran como *nosotros*, nos libera de plantearnos una cuestión crucial: ¿y si la verdad fuera aún más terrorífica? ¿y si la gente corriente como *nosotros* participara en una matanza sin necesidad de estar poseída de un odio excepcional?³³

Por lo tanto, la culpa individual de los ejecutores que dibuja Goldhagen se difumina en la culpa, o responsabilidad, colectiva encarnada por la cultura alemana. Pero abundan quienes ven en *Los verdugos* algo más, el renacimiento de las viejas ideas sobre el carácter nacional alemán. Hans-Ulrich Wehler, uno de los formuladores de las tesis acerca del peculiar camino de Alemania hacia la modernidad, el llamado *Sonderweg*, acusa a Goldhagen de defender una versión bastarda de las mismas y enlazar con las opi-

³⁰ Goldhagen (1997a), pág. 17; también, Goldhagen, «The Failure of the Critics», en Shandley (1998), págs. 129-150.

³¹ Roger W. Smith, «Ordinary Germans», *The Holocaust, and Responsibility: Hitler's Willing Executioners in Moral Perspective*, en Littell (1997), págs. 47-57; Finkelstein, en Finkelstein y Birn (1998); y Juliá (1997).

³² Husson (1997).

³³ Browning, en Shandley (1998); y Husson (1997).

niones corrientes en los círculos antialemanes de los años cincuenta. Para uno y para los otros, los alemanes habrían sido antisemitas «de Lutero a Hitler», y su odio patológico hacia los judíos les habría empujado a iniciar una guerra para eliminarlos. Los alemanes, como el capitán Ahab de *Moby Dick*, estaban obsesionados con matar, aunque en su caso sin motivo para la venganza. Se trataba por tanto de un pueblo de asesinos potenciales, distinto del resto de la humanidad. Tales supuestos ahistóricos, destinados a estigmatizar a los alemanes, significan, en palabras de Wehler, «una declaración de bancarrota intelectual, metodológica y política»³⁴.

Goldhagen, aunque haya negado una y otra vez que asuma tales tesis esencialistas, ha socavado su propio trabajo al simplificar la historia del antisemitismo en Alemania y, sobre todo, al usar el lenguaje de manera tendenciosa. Para empezar, confunde nazis con alemanes y alemanes con *los alemanes*, expresión que se repite en el texto como un *mantra*. Los ejecutores son siempre los *alemanes*, los guardianes de los campos se convierten en los alemanes de los campos. Es decir, la nacionalidad pasa a primer plano y ensombrece la ocupación, porque, según su criterio, «aquellos hombres y mujeres eran primero alemanes y luego miembros de las SS, policías o guardianes de los campos de concentración». Además, algunos de sus peores rasgos, como la crueldad, se identifican con características genuinamente alemanas: así, califica la forma de amontonar a las víctimas en los vagones de carga como «la típica manera alemana de aquellos años»; o, al referirse al nombre de «Festival de la cosecha» con el que los nazis calificaron una gran masacre de judíos en 1943, añade que fue «bautizada apropiadamente de acuerdo con el acostumbrado amor de los alemanes por la ironía». Los alemanes, como dice Bartov, son auténticos *monstruos corrientes*, por lo que cualquier explicación adicional resulta irrelevante³⁵.

Así pues, han llovido sobre Goldhagen calificativos como el de antialemán, o incluso el de racista antialemán. Los trazos que componen su retrato de los alemanes reflejarían, como en un espejo, la imagen que los antisemitas daban de los judíos³⁶. Muchos historiadores han rechazado que de grupos tan mal conocidos se puedan extraer conclusiones sobre toda una nación, y más aún cuando se trata de generalizaciones que demonizan a sus miembros. Parafraseando el título de un comentario de Josef Joffe, que

³⁴ Wehler (1997), pág. 87; y Finkelstein, en Finkelstein y Birn (1998).

³⁵ Goldhagen (1997a), págs. 25, 257 y 369; y Bartov (1996).

³⁶ Geldbach, en Littell (1997); y Browning, en Shandley (1998).

los asesinos fueran alemanes no implica que los alemanes fueran asesinos³⁷. Lejos de reconocer tales errores, Goldhagen se defiende y arguye que las generalizaciones son necesarias en las ciencias sociales, y que las que él realiza sobre toda la sociedad alemana a partir de elementos representativos de la misma están justificadas por los métodos de investigación sociológica. «Decir que la mayoría de los alemanes era antisemita en los años 30 —concluye— no es más racista que decir que la mayoría de los alemanes apoya hoy la democracia»³⁸.

La reflexión acerca de los métodos de Goldhagen conduce pues a preguntas más generales sobre los métodos de la historia cultural. Porque esta especie de encuesta retrospectiva que emprende el autor se refiere ante todo a la cultura política de los alemanes y, más que emplear instrumentos sociológicos, se inspira —como dice el propio Goldhagen— en los de la antropología. Ingrid Gilcher-Holtey, una de las pocas voces que ha superado el tono general de la polémica y ha planteado la cuestión metodológica en estos términos, subraya la importancia del libro porque se ha elaborado a partir del enfoque antropológico de la historia de las mentalidades, que plantea un desafío a la manera tradicional de estudiar el nazismo y el Holocausto³⁹. Como muchos historiadores del Medioevo y de la Edad Moderna, Goldhagen pretende extraer esquemas colectivos de pensamiento y percepción a partir de la conducta de individuos o grupos. Sólo si se comparten los presupuestos de esta manera de trabajar, tan en boga durante las últimas décadas, pueden admitirse las generalizaciones que, como señala Joffe, saltan del individuo al grupo y del grupo a la nación⁴⁰.

Pero, sea cual sea la validez de sus generalizaciones —racistas o no— sobre la cultura alemana, la explicación cultural del Holocausto, se vea o no restringida a las acciones de los perpetradores, carece de un elemento fundamental, cuya ausencia no ha merecido sin embargo mucha atención en el debate: la política⁴¹. En una de sus frases más provocativas, Goldhagen afirma: «no Ger-

³⁷ Josef Joffe, «“The killers were ordinary Germans, ergo the ordinary Germans were killers”: the logic, the language, and the meaning of a book that conquered Germany», en Shandley (1998), págs. 217-227.

³⁸ Goldhagen (1997b), pág. 133, reclama además en su favor la opinión de Sidney Verba. La cita de Goldhagen, en Shandley (1998), pág. 142.

³⁹ Ingrid Gilcher-Holtey, «The Mentality of the Perpetrators», en Shandley (1998), págs. 105-107.

⁴⁰ Joffe, en Shandley (1998).

⁴¹ Véase, por ejemplo, Jeremiah M. Riemer, «Burdens of Proof», en Shandley (1998), págs. 175-182.

mans, no Holocausto», «de no ser por los alemanes, el Holocausto no habría existido»⁴². Resulta legítimo trastocar esta frase y decir que, de no ser por el Estado alemán, el Holocausto no habría existido. Fueron los gobernantes nazis quienes, sirviéndose de los recursos públicos que lograron reunir, tomaron las decisiones pertinentes y consiguieron movilizar a una gran parte de la sociedad alemana para alcanzar sus fines. Sólo a través de las instituciones estatales, como la policía, el ejército o las SS, los ejecutores encontraron cauce para matar y coordinaron sus actos asesinos. Y fue la guerra —fenómeno político donde los haya— la que permitió, enmarcó y condicionó las matanzas. Goldhagen, es verdad, admite el papel crucial de Hitler y de sus colaboradores, pero no integra la política hitleriana en su esquema y la deja en un segundo plano, como telón de fondo de las acciones de los alemanes corrientes consumidos por el antisemitismo. No tiene tampoco en cuenta que dichos alemanes se movían en los parámetros creados por una dictadura, y en absoluto disfrutaban, como parece creer, de la libertad —de expresión, por ejemplo— que proporciona una democracia. Además, si la clave del comportamiento genocida se hallaba en una mentalidad, en una formación cultural de *longue durée*, cuesta explicar cómo se disolvió el *modelo cognitivo* antisemita en tan poco tiempo tras la Segunda Guerra Mundial. ¿No fueron, más bien, los factores políticos los que originaron el conflicto y los que cambiaron bruscamente en la postguerra, dando fin a toda una época de la historia alemana?

Por último, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, que recibió un premio de la American Political Science Association en política comparada, acusa en opinión de sus críticos, paradójicamente, la ausencia del método comparativo. Al menos por tres razones. En primer lugar, porque no estudia el antisemitismo en países donde revestía una notable intensidad, como Rusia o Francia, ni a los verdugos europeos no alemanes que colaboraron en el Holocausto —lituanos, letones, estonios, ucranianos, croatas, rumanos, etcétera—. Si el antisemitismo alemán era único, al menos hay que mostrar sus diferencias con otros⁴³. Goldhagen se limita a responder que, como los alemanes llevaban la iniciativa, basta con fijar la atención en ellos. En segundo lugar, porque trata superficialmente el destino de las víctimas no judías de las matanzas nazis: enfermos mentales, inválidos, homosexuales, polacos, rusos o gitanos. El ex-

⁴² Goldhagen (1997a), pág. 25. La traducción castellana pierde la contundencia de la expresión original en inglés.

⁴³ Bauer, en Littell (1997); Wehler (1997); Browning, en Shandley (1998); y Hilberg (1997).

terminio de los judíos no se integra de manera adecuada en los proyectos hitlerianos de reordenación social basada en criterios racistas, que, por ejemplo, incluían la muerte de al menos treinta millones de eslavos para facilitar la colonización alemana en el Este⁴⁴. Goldhagen, a partir de su documentación, afirma tan sólo que los judíos fueron tratados peor que el resto. En tercer lugar, porque no compara el Holocausto con otros genocidios. También serbios, croatas, hutus, camboyanos o chinos, por citar sólo algunas nacionalidades, han sido capaces de convertirse en asesinos en masa y de emplear una tremenda crueldad; y ni siquiera los campos, la institución que Goldhagen considera el paradigma de la revolución nazi, fueron un invento alemán⁴⁵. No obstante, el autor norteamericano cree que, por basarse en un conflicto irreal, por su alcance y por su brutalidad, el Holocausto no admite parangón.

El libro de Goldhagen sobre los motivos de los ejecutores alemanes chocó finalmente con alusiones a los motivos de su autor. Por un lado, a sus razones personales, puesto que algunos historiadores recordaron, de manera un tanto mezquina, que Daniel Jonah Goldhagen es hijo de Erich Goldhagen, un judío procedente de Rumanía y superviviente del Holocausto. La insinuación de que se trataba de una venganza familiar contra Alemania la utilizó por ejemplo Wehler, que no se ruborizó al preguntarse si deberíamos dejar el estudio del genocidio armenio en manos de «un joven historiador armenio», o el de los indios de Norteamérica en las de un «joven historiador navajo»⁴⁶. Goldhagen advirtió del escándalo que se habría armado si él hubiera desautorizado a alguno de sus críticos por ser hijo de un soldado alemán que hubiese luchado en el Este o de un militante nazi⁴⁷. Por otro lado, también aparecieron motivos políticos. Finkelstein subrayó la semejanza de los argumentos de Goldhagen con los del movimiento sionista, que desde los años sesenta explica la *Shoah* como el producto del antisemitismo eterno y sin sentido de los gentiles, útil también para comprender los ataques al Estado de Israel y la misma necesidad de su existencia. A estas invectivas siguió una agria retahíla de acusaciones sobre la valía profesional y los objetivos políticos de cada uno⁴⁸.

⁴⁴ Hilberg (1997); Wolfgang Wippermann, «The Jewish Hanging Judge? Goldhagen and the “Self Confident Nation”», en Shandley (1998), págs. 229-253; y Wehler (1997).

⁴⁵ Browning, en Shandley (1998); y Finkelstein, en Finkelstein y Birn (1998).

⁴⁶ Wehler (1997), págs. 86-87.

⁴⁷ Goldhagen, en Shandley (1998). Véase también la inteligente crítica de Andrei S. Markovits en «Discomposure in History’s Final Resting Place», en Shandley (1998), págs. 121-123.

⁴⁸ Finkelstein, en Finkelstein y Birn (1998). En el debate intervino, por ejemplo, el Congreso Mundial Judío, Shapiro (1998). Tanto Goldhagen como Finkels-

Todas estas críticas, acerca del estilo, las fuentes, los argumentos, los conceptos, los métodos y hasta las intenciones de la tesis doctoral de Daniel J. Goldhagen, desembocaron en la proliferación de dudas sobre la calidad del sistema universitario norteamericano. ¿Cómo pudo cubrirse de honores, o merecer siquiera el doctorado en Harvard, semejante panfleto? ¿Hacia dónde estaban mirando los asesores de la tesis cuando dejaron pasar como un trabajo brillante un texto que no cumplía los requisitos mínimamente exigibles? Finkelstein ponía el colofón a la avalancha cuando sentenciaba: «el libro de Goldhagen no es un trabajo académico en absoluto»⁴⁹.

LA REACCIÓN DEL PÚBLICO ALEMÁN

Junto con los rifirrafes estrictamente académicos, el libro de Goldhagen reabrió la polémica acerca de la memoria histórica y de la identidad nacional alemana. En este sentido, el éxito de *Los verdugos voluntarios de Hitler* se situó en el camino abierto por debates anteriores como el *Historikerstreit* —o *querella de los historiadores*— en los años ochenta, es decir, en el contexto de las discusiones sobre la *normalización* de la historia, que, con agudas repercusiones políticas, resurge de manera periódica en la República Federal.

En la famosa querella se decantaron claramente dos líneas interpretativas a propósito del lugar que corresponde al período nazi dentro del pasado nacional alemán. Por una parte, la social-liberal o progresista, que definía al nazismo como el heredero legítimo de las tendencias antidemocráticas y nacionalistas que habían predominado en Alemania desde la unificación del Estado en el siglo XIX. Las concepciones autoritarias de la política, las ideas de orden y jerarquía, los planes para hacerse con un *espacio vital* en Europa, señas de identidad de las élites tradicionales, se habían encarnado de nuevo en el Tercer Reich. Por otra parte, la conservadora, que contemplaba la etapa hitleriana como un paréntesis en la trayectoria alemana, producto de las convulsiones de Entreguerras en un país que, por su especial situación geográfica, se había visto abocado a luchar contra el bolchevismo con sus

tein disponen de páginas en Internet donde pueden seguirse las secuelas de su enfrentamiento: respectivamente, <http://www.goldhagen.com> y <http://www.normanfinkelstein.com>.

⁴⁹ Jacob Neusner, «Hype, Hysteria, and Hate the Hun: The Latest Pseudo-Scholarship from Harvard», en Littell (1997), págs. 147-157; Wehler (1997); y Finkelstein, en Finkelstein y Birn (1998), pág. 87.

propias y brutales armas. Jürgen Habermas, erigido en portavoz de la izquierda intelectual alemana, acusó en 1986 a Ernst Nolte, cabeza visible de los conservadores, de negar la responsabilidad de Alemania en el desencadenamiento de la guerra y en el Holocausto mediante una estrategia *normalizadora* que permitiese resurgir al nacionalismo alemán⁵⁰. Las discusiones acerca de *Los verdugos* pueden entenderse como la continuación de estos argumentos. Volker Ullrich, redactor de *Die Zeit*, vio desde el comienzo en la obra de Goldhagen el impulso de un nuevo *Historikerstreit*. Husson opina que su lema *No Germans, no Holocaust* viene a ser una respuesta implícita al *No Gulag, no Auschwitz* de Nolte⁵¹. Y, sin embargo, la cuestión resulta más compleja.

Desde luego, hay que reconocer que las repercusiones del *debate Goldhagen* alcanzaron y superaron a las de su predecesor. Según Jochen Köhler, «desde 1945, jamás un libro... ha suscitado en Alemania una resonancia pública comparable»⁵². Como ha podido comprobarse ya, las reacciones de algunos historiadores alemanes se asemejaban más a las de ciudadanos ofendidos por un insulto a su nación que a las de profesionales discutiendo sobre un trabajo académico. *Herr Professor Doktor*, escribe Husson, no podía permitir tampoco que un jovencito de Harvard pusiera en solfa su trabajo. No sólo Wehler o Mommsen lo desautorizaron. Si Norbert Frei no veía en él otra novedad que la provocación, Eberhard Jäckel lo trituraba diciendo que era «simplemente, un libro malo»⁵³. Pero se trataba sólo de la punta del iceberg. Algunos de los creadores de opinión más importantes de Alemania intervinieron en la polémica con acentos despectivos: Rudolf Augstein, fundador de *Der Spiegel*, despojó a Goldhagen de su condición de historiador denominándolo «el sociólogo»; a Frank Schirrmacher, codirector del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, la obra le recordaba los informes psicológicos que realizaban los aliados sobre Alemania al terminar la guerra. Ciertos casos destilaron incluso un toque antisemita: en *Die Welt*, Jost Nolte encontraba la ira del Antiguo Testamento en sus páginas. El mensaje que transmitían al público parecía ser: «no lo lean»⁵⁴.

⁵⁰ Maier (1997). El subtítulo de mi artículo se basa en el de este excelente libro de Charles Maier.

⁵¹ Volker Ullrich, «A Provocation to a New *Historikerstreit*», en Shandley (1998), págs. 31-33; y Husson (1997), pág. 98.

⁵² Köhler (1997), pág. 7.

⁵³ Husson (1997); Norbert Frei, «A People of "Final Solutionist"? Daniel Goldhagen dresses an Old Thesis in New Robes», en Shandley (1998), págs. 35-39; y Eberhard Jäckel: «Simply a Bad Book», en Shandley (1998), págs. 87-91.

⁵⁴ Rudolf Augstein, «The Sociologist as Hanging Judge»; Frank Schirrmacher, «Hitler's Code: Holocaust from Faustian Aspirations?»; y Jost Nolte, «Sisyphus is

El debate se había desatado en Alemania ya en abril de 1996, meses antes de que la traducción alemana estuviera disponible en las librerías. En vísperas de la publicación del libro en agosto, la despectiva actitud de Goldhagen hacia los críticos, que, en su opinión, le atribuían tesis que él no defendía y no discutían en cambio las auténticas, no le auguraba un discurrir muy tranquilo⁵⁵. Pero desde que salió a la luz la edición en alemán todo cambió, las barreras se hundieron, el público pudo juzgar por sí mismo y, en pocas semanas, las ventas alcanzaron los 130.000 ejemplares. Enseguida, Daniel J. Goldhagen emprendió una gira de promoción que superó todas las expectativas: se agotaron las entradas —de pago— para los múltiples actos celebrados en diferentes ciudades, y hasta hubo que buscar locales más espaciosos para acogerlos. En ellos, una audiencia entregada aplaudió al profesor norteamericano y llegó a abuchear a los historiadores alemanes. El desfile triunfal culminó con un programa de televisión en el que el atractivo mediático de Goldhagen se impuso sobre el talante académico de los demás invitados, entre ellos Hans Mommsen⁵⁶.

¿Por qué se produjo este triunfo? Al menos dos explicaciones parecen verosímiles. En primer lugar, por la claridad de los argumentos de Goldhagen: en vez de hablar de estructuras complejas y requisitos sistémicos como hace por ejemplo Mommsen, este autor habla de víctimas y verdugos, le pone caras al horror y lo explica de manera aparentemente simple, accesible a un público amplio. En segundo término, la reacción de los jóvenes que integraban el auditorio en los foros donde intervino Goldhagen constituye una característica generacional. Frente al silencio de sus abuelos y a la actitud ambigua de sus padres, los alemanes menores de cuarenta años, suficientemente alejados de los hechos, están ansiosos de conocer lo que sus antepasados hicieron al mundo. Goldhagen les da una respuesta sencilla y creíble, aunque también les permite tomar distancia y conformarse con una coartada fácil⁵⁷.

El eco del libro de Goldhagen encontró así un lugar relevante entre las sacudidas, más o menos significativas, que ha sufrido el público alemán en relación con lo más oscuro de su pasado desde el descubrimiento de los campos de la muerte en 1945. Por citar tan sólo algunos de esos momentos, cabría señalar el juicio de

a German», en Shandley (1998), págs. 41-53. Véanse también los comentarios de Joffe y Markovits en la misma recopilación.

⁵⁵ Goldhagen, en Shandley (1998), págs. 129-150.

⁵⁶ Volker Ullrich, «A Triumphant Procession: Goldhagen and the Germans», en Shandley (1998), págs. 197-101; y Joffe, en Shandley (1998).

⁵⁷ Joffe, en Shandley (1998); Hilberg (1997) y Husson (1997).

Adolf Eichmann en Jerusalén en 1960, que dio lugar a las influentes reflexiones de Hannah Arendt sobre la *banalidad del mal*; la emisión de la serie de televisión norteamericana *Holocausto* en 1979, de gran impacto en el país; la visita de Ronald Reagan y Helmut Kohl al cementerio de Bitburg en 1985, que parecía igualar a los verdugos de las *Waffen-SS* con las víctimas de Dachau y fue uno de los detonantes del *Historikerstreit*; y la proyección de la película *La lista de Schindler*, de Steven Spielberg, en 1994⁵⁸. Además, el *debate Goldhagen* coincidió con dos hitos más en la revisión pública de la historia alemana: la edición de los diarios de Victor Klemperer y la exposición sobre los crímenes del ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial. La crónica de un profesor judío de Dresde tomaba nota de las agresiones cotidianas y de las muestras ocasionales de solidaridad que recibía como perseguido. La muestra acerca de las atrocidades que cometió la *Wehrmacht* acababa con el mito popular de la inocencia militar en el genocidio y daba la medida de lo que había sido la guerra de exterminio en el Este. Los tres acontecimientos, como afirmaba el organizador de la exposición, Jan Philipp Reemtsma, acercaron la historia del período nazi a la gente porque identificaban actos concretos, por violentos que fueran, y a actores con nombres y apellidos, tan próximos que podían ser perfectamente familiares de los lectores y espectadores⁵⁹.

La investigación de Goldhagen no contenía seguramente nada muy nuevo para los especialistas, aunque no deja de sorprender al profano que no haya más estudios sobre las instituciones mortíferas que analizaba⁶⁰. Pero resulta innegable que ayudó a alumbrar una perspectiva nueva para la opinión pública alemana. Era, en palabras de Ullrich, como si se rompiera un tabú en la imagen que la mayoría de los alemanes tenía de su historia, al señalar que la distinción entre criminales nazis y alemanes corrientes no estaba en absoluto justificada, que muchos de sus antepasados estuvieron dispuestos a matar judíos y que, por ello, a Hitler y a sus secuaces no les costó demasiado esfuerzo —menos del que ellos mismos habían creído— reclutar voluntarios para las tareas genocidas. Que alguien exprese con claridad esta constatación tiene todavía un efecto liberador en Alemania⁶¹.

Las connotaciones políticas de esta controversia, como las de

⁵⁸ Mommsen, en Littell (1997); y Husson (1997).

⁵⁹ Jan Philipp Reemtsma, «Turning Away from Denial: *Hitler's Willing Executioners* as a Counterforce to "Historical Explanation"», en Shandley (1998), págs. 255-262.

⁶⁰ Wehler (1997).

⁶¹ Ullrich, en Shandley (1998), pág. 200.

las anteriores, estuvieron bien presentes para todos, más aún cuando la reunificación del país en 1990 había agudizado la sensibilidad hacia las repercusiones generales de la memoria histórica. En la Alemania del canciller Kohl, muchas voces abogaron por el cese del recuerdo constante de los crímenes nazis y en favor de una visión del pasado más acorde con el liderazgo internacional del país, reforzado con la unidad. Según ellas, la República Federal habría pagado ya suficientemente por la pesada herencia que arrastró desde sus comienzos y ya era hora de señalar que, aparte del oprobio hitleriano, la mayor parte de la historia alemana podía anclarse sin problemas en la civilización occidental, desde Bismarck hasta la actualidad⁶². El libro de Goldhagen venía a aguarles la fiesta a quienes querían así poner las bases de un nuevo nacionalismo conservador, de ahí la virulencia de sus críticas. Los alemanes debían liberarse de la carga del pasado, pero la resurrección de las tesis sobre la culpa colectiva de la mano de un joven profesor judío intentaba impedirlo. Ese «juez de la horca» (la expresión es de Augstein) no hacía sino reafirmar los prejuicios norteamericanos —o judeonorteamericanos— respecto al peso de la nueva Alemania en los equilibrios mundiales⁶³. El pronunciamiento del órgano de la CSU en Baviera —diciendo que sólo una minoría de los alemanes había participado en el Holocausto o sabido algo al respecto— o la declaración del ministro de Asuntos Exteriores negando la existencia de una culpabilidad colectiva confirmaron esta vertiente política del libro⁶⁴. Lo cual no deja de ser paradójico, puesto que Goldhagen se desgañó diciendo que la Alemania actual es una democracia sin tacha y no cabe sospecha alguna de que vuelva a las andadas⁶⁵.

Si en algo tienen razón estos críticos es en que la República Federal de Alemania ha bregado de manera bastante correcta con su pasado. Mucho mejor, sin duda, que su hermana del Este, la República Democrática, donde la política de la memoria subrayaba el sacrificio de los luchadores antifascistas de la izquierda alemana y del ejército soviético mientras negaba un espacio público al recuerdo de las víctimas del Holocausto. En el Estado socialista alemán no había lugar para el particularismo judío, asociado con el capitalismo occidental y con el respaldo al sionismo israelí. También podría mencionarse el caso de Austria, que sólo

⁶² Husson (1997).

⁶³ Schirrmacher, Augstein y Nolte, en Shandley (1998).

⁶⁴ Riemer y Wippermann, en Shandley (1998).

⁶⁵ Goldhagen (1997a), pág. 19, en el «Prefacio a la edición alemana», que los editores españoles han tenido el buen criterio de reproducir.

recientemente ha salido de una actitud victimista. En cambio, la política de la RFA incluyó en la postguerra el pago de compensaciones a los supervivientes judíos, lazos estrechos con Israel y discusiones públicas sobre el Holocausto y el antisemitismo. Esta política no se completó hasta que la era conservadora de Konrad Adenauer, que procuró hacer compatible el consenso —y la integración de muchos ex-nazis— con el reconocimiento de las deudas, dio paso a mayorías parlamentarias dispuestas a afrontar de forma más comprometida los crímenes de la guerra⁶⁶. Pero esta manera de asumir la historia, controlada desde fuera o «internacionalizada» —como dice Goldhagen— por las exigencias de las alianzas occidentales, no tuvo completo éxito⁶⁷. Con ella sobrevivió el mito de la responsabilidad exclusiva de los nacional-socialistas y se corre hoy el riesgo de caer en la complacencia y ceder ante las presiones para pasar página.

Tales coordinadas políticas integraron plenamente a Goldhagen en el grupo de los intelectuales social-liberales que habían *vencido* en el *Historikerstreit* y que, tras un proceso de reunificación que no aplaudieron, con el peligro renovado del nacionalismo alemán y los repuntes de la extrema derecha neonazi en el horizonte, seguían alerta. Esto puede sorprender a muchos, puesto que Goldhagen había rechazado duramente los presupuestos estructurales de la historia socio-política y los ataques más intensos contra su trabajo no provinieron de Ernst Nolte, que no intervino en el debate, sino de historiadores progresistas como Wehler o Mommsen. Pero *Los verdugos voluntarios de Hitler* acabó convirtiéndose en un arma de grueso calibre en manos de quienes deseaban frenar las tentaciones relativistas o normalizadoras dentro de Alemania.

Así pues, los defensores de Goldhagen, procedentes casi siempre de las filas de la izquierda, crecieron en número conforme avanzó el debate. Con errores evidentes, señalaba Götz Aly, el investigador norteamericano ponía el dedo en la llaga del consenso sobre el que se basaba la dictadura nazi y acertaba al comprobar que una muestra bastante representativa del pueblo alemán participó en los crímenes durante la guerra. Reemtsma negó que el autor defendiera la tesis de la culpabilidad colectiva y subrayó que el libro sí planteaba la cuestión de la responsabilidad política de los alemanes en el genocidio y de la importancia del antisemitismo en una Alemania empapada de valores morales *sui*

⁶⁶ Herf (1997).

⁶⁷ Daniel J. Goldhagen, «Modell Bundesrepublik: National History, Democracy, and Internationalization in Germany», en Shandley (1998), págs. 275-285.

generis. Lo hacía, además, deteniéndose en el escalón previo a Auschwitz, sin escaparse como otros hacia el extremo de los campos de exterminio. Más aún, los méritos de Goldhagen superaba los de su texto y obtenían un valor cívico en el ámbito de la cultura política alemana, porque, como dijo Wolfgang Wippermann, habían acallado de nuevo los «himnos de guerra» de «la nación segura de sí misma»⁶⁸. En marzo de 1997, Daniel Jonah Goldhagen recibió el Premio de la Democracia de la *Blätter für deutsche und internationale Politik* (revista de política alemana e internacional, de filiación izquierdista) porque, frente a quienes trataban de *historizar* 1945, recordaba a los alemanes la magnitud de aquella ruptura y el valioso regalo de la República que nació de sus cenizas para instalarlos en Occidente. Sentado junto al líder de Los Verdes y actual ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno federal, Joschka Fischer, Jürgen Habermas apadrinaba al premiado⁶⁹.

Habermas, utilizando su autoridad intelectual y moral, alabó en aquel acto a Goldhagen por estimular la conciencia pública en la sociedad alemana y señalar los límites de la normalización. La convivencia, recordaba el filósofo, está basada en valores asignados por la historia, que nos permiten construir nuestra identidad comunitaria. Y esa herencia no debe ser moldeada por el nacionalismo renovado que cunde en Alemania desde 1989, sino por un patriotismo constitucional que no olvida la carga del pasado y se asienta sobre valores universales. La República de Berlín debe asumir la herencia de la República de Bonn. Por ayudar a los alemanes a buscar una manera apropiada de lidiar con su historia en estos momentos de transición, Goldhagen, concluía Habermas, merecía su agradecimiento⁷⁰. Acertara o no al exponer los motivos de los verdugos para torturar y asesinar a sus víctimas judías, o al generalizar sobre los rasgos de la cultura política de la Alemania de hace más de medio siglo, la obra de Goldhagen sirvió, por el debate que provocó en la Alemania de hoy, para constatar que ni los normalizadores ni sus adversarios han ganado aún la batalla por el dominio del pasado alemán. Como muestran las discusiones sobre el monumento definitivo a las víctimas del Holocausto en Berlín, la lucha continúa.

⁶⁸ Wippermann, Aly y Reemtsma, en Shandley (1998). Véase también la «Discusión con Daniel Goldhagen», recogida en VVAA (1997b), págs. 151-203.

⁶⁹ Karl D. Bredthauer, «Limits of a German Normalization. The Constitutive Meaning of the Break of 1945/49», en VVAA (1997a), págs. 8-12.

⁷⁰ Jürgen Habermas, «Goldhagen and the Public Use of History: Why a Democracy Prize for Daniel Goldhagen?», en Shandley (1998), págs. 263-273. Para las ideas de Habermas sobre cómo debe asumir Alemania su pasado tras la reunificación, véase Habermas (1997).

Referencias bibliográficas

- BARTOV, O. (1996), «Ordinary Monsters», en *The New Republic*, 214, 18 (29 de abril), págs. 32-38.
- BROWNING, C. R. (1992), *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harping Collins.
- BURRIN, P. (1997), «Il n'y a pas de peuple assassin!», en *L'Histoire*, 206, págs. 82-85.
- CRAIG, G. A. (1996), «How Hell Worked», en *The New York Review of Books*, 18 de abril, págs. 4-8.
- FINKELSTEIN, N. G. y BIRN, R. B. (1998), *A Nation on Trial. The Goldhagen Thesis and Historical Truth*, Nueva York, Metropolitan Books.
- GOLDHAGEN, D. J. (1997a), *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus.
- Goldhagen, D. J. (1997b), «The fictions of Ruth Bettina Birn», en *German Politics and Society*, 15, 3.
- HABERMAS, J. (1997), *A Berlin Republic: Writings on Germany*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- HERF, J. (1997), *Divided Memory. The Nazi Past in the Two Germanys*, Cambridge, Ma., Harvard University Press.
- HILBERG, R. (1997), «Le phénomène Goldhagen», en *Les Temps Modernes*, 592, págs. 1-10.
- HUSSON, E. (1997), *Une culpabilité ordinaire? Hitler, les Allemands et la Shoah. Les enjeux de la Controverse Goldhagen*, París, François-Xavier de Guibert.
- JULIÁ, S. (1997), «La culpa individual en el Holocausto», en *Babelia (El País)*, 27 de diciembre, pág. 17.
- KERSHAW, I. (1987), *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press.
- KÖHLER, J. (1997), «¿Alemanes corrientes?», en *Revista de Libros*, 10, págs. 7-12.
- LEVI, P. (1989), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik Editores.
- LITTELL, F. H. (ed.) (1997), *Hyping the Holocaust. Scholars Answer Goldhagen*, Merion Station, Pa., Merion Westfield Press International.
- MAIER, C. S. (1997), *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 2.^a edición.
- SHANDLEY, R. R. (ed.) (1998), *Unwilling Germans?: the Goldhagen debate*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- SHAPIRO, L. (1998), «A Battle Over the Holocaust», en *Newsweek*, 23 de marzo, pág. 66.

-
- VVAA (1997a), *How to learn from history/Aus der Geschichte lerner*, Bonn, Edition Blätter, 1997.
- VVAA (1997b), *La Controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- WEHLER, H-U. (1997), «The Goldhagen Controversy: Agonizing Problems, Scholarly Failure and the Political Dimension», en *German History*, 15, págs. 80-91.

JAVIER MORENO LUZÓN, Profesor Titular de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid, y ha sido *Visiting Scholar* en el Mind de Guzburg Center for European Studies de la Universidad de Harvard en 1998. Autor de diversos trabajos sobre clientelismo político, entre los cuales destaca *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, Alianza, 1998.